



El tren del recuerdo

Ana Isabel de Dios González

Era la una de la madrugada de un día cualquiera. Entonces perdí el miedo al temor y a la vergüenza. Emprendí un largo viaje, como compañera la supervivencia. Con los pies descalzos, una camiseta roja que se perdía en mi espalda y un pantalón ancho acariciando mis piernas.

Atrás quedaba mi pueblo envuelto en la niebla, mi padre, mi madre, mi hermano y mi hermana pequeña. Me abracé a sus cuerpos, acaricié la sonrisa de sus caras y les robé su mirada más intensa que me despedía ya con lágrimas de ausencia. Las enseñanzas y valores se subieron también conmigo a la barca.

– II –

Éramos muchos, a merced todos del hambre y la sed extrema. Un manto de ilusión y esperanza nos arropaba en la noche sedienta de siesta. Nos acompañaba una luna inmensa, presa del silencio que ardía como una vela. Encontré sus ojos entre las tinieblas, de una brillantez infinita, etérea.

Fue el llanto del bebé que buscaba el pecho de su madre el que me hizo que volviera. Me detuve en los rostros empañados de tristeza, carcomidos por la soledad de la más descomunal

pobreza. Las horas de una noche que oprimía con fuerza, se detenían sin dejar huella. El terror intentaba colarse por las rendijas abiertas. Hasta el aleteo de las olas nos agitaba sin preguntar siquiera.

Me dejé acunar como un muñeco de trapo en duermevela. Desnudo en medio de la sombra de la estampa más negra. Palpé la foto de mi familia que bailaba en la bolsa entreabierta. Toqué sus puntadas hilvanadas. Sentí el aroma de mi madre que las dejó impresas. Esas eran todas mis pertenencias.

Unas punzadas acongojadas me comprimían el corazón sin mediar respuesta. Un frío gélido me helaba la garganta sin darme tregua. Permanecí acurrucado en mitad de la espesura de la soledad que silencio.

– III –

Al despertar me encontré en un tren pintado de nostalgia y alimentado de sueños. Testigo de encuentros fugaces y abrazos eternos, despedidas extensas y prisas aletargadas, miradas ausentes y promesas rotas. Hermanador de pueblos. Empapado de vivencias, recuerdos e historias compartidas de la propia vida.

Se detuvo cerca de una cuesta. Al descender una bocanada a mar del delantal de una señora, que salía de un callejón allí cerca, me hizo revivir el paisaje de acuarela de mi tierra.

– IV –

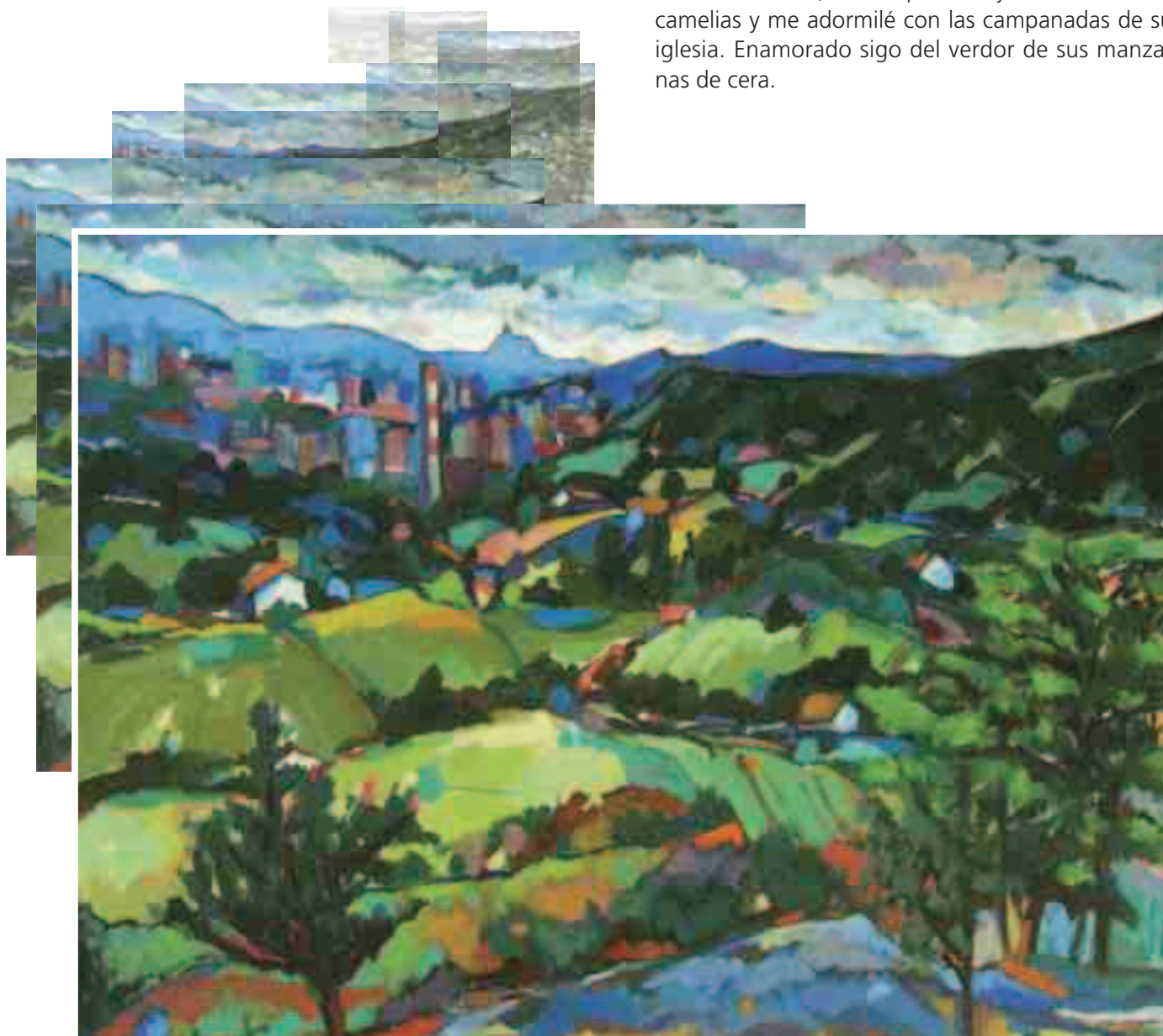
Y llegué a un pueblo que me recibió sin llamar a su puerta. Me encontré con personas de lágrimas vivas y verdaderas. Corazón amigo de hospitalidad sincera y auténtica esencia. Con inquietud que persevera, que progresa por explotar su riqueza interna.

Al bajar la pendiente divisé la bella y estilizada torre de su iglesia. El reloj marcaba las siete y media.

Saboreé la lluvia que barnizaba sus plazas, bañaba sus calles y arboledas. El compás de su música me invitó a tocar un arco iris engalanado de fiesta.

Me embriagó su lengua sin entenderla. Me alimenté de sus palabras y del valor de sus conciencias, de enterrar las apariencias y sembrar fidelidad eterna con sus manos mojadas de honestidad serena.

Me emborraché de sus bosques y pastizales, de su maleza, de la humedad que abona y echa raíces desde la profundidad de la tierra. Me hipnotizó el perfume de castañas y setas, me endulzó el olor de su Galletera. Me fundí en sus campos de hierbabuena, me eclipsó el rojo intenso de sus camelias y me adormilé con las campanadas de su iglesia. Enamorado sigo del verdor de sus manzanas de cera.



Xabier Pérez. Colección particular.